

Vicente Gerbasi, la poesía en la raíz de la tierra

Miguel Ángel Flores

EL 28 DE DICIEMBRE DE 1992 marcó el fin de un gran poeta. Ese día falleció en Caracas, Venezuela, Vicente Gerbasi.

¿Qué determina que a pesar de su grandeza vida y obra de un poeta hayan permanecido en la cuasi ignorancia para el medio cultural mexicano? Respuesta difícil de responder, sobre todo si se considera que la comunicación entre las comunidades literarias de México y Venezuela ha sido más o menos fluida en los últimos veinte años.

El azar y sus giros arrojan luz sobre ciertas figuras, las cuales obtienen reconocimiento y divulgación continental, pero también cubren de sombras a algunas obras que merecen una proyección más allá de sus ámbitos nacionales. Por la alta calidad de su obra, Gerbasi debió gozar en vida de un círculo de lectores que cual ondas concéntricas transmitieran hasta los confines más lejanos el juicio y el fervor por la excelencia de uno de los quehaceres poéticos más relevantes del siglo xx.

Vicente Gerbasi nació en Canoabo, Venezuela, en 1913. Perteneció a una generación que en México ha dado a Octavio Paz y Efraín Huerta; en Chile a Nicanor Parra; en Cuba a Lezama Lima; en Argentina a Enrique Molina. La trascendencia de todos ellos como renovadores y fundadores de una nueva sensibilidad es ya una marca indeleble en la piel de la poesía latinoamericana. A esa estirpe pertenece Vicente Gerbasi. Sin él es inexplicable cuanto ha acontecido en la poesía venezolana a partir de su primer libro *Vigilia del naufrago*, publicado en 1937. Su permanencia en las letras sólo cesó con su muerte. A lo largo de su vida no dejó de publicar, únicamente hubo un periodo de silencio que duró casi una década (1963-1977); después la voz reanudó su canto y en vísperas de callar para siempre compuso todavía un libro más: *Diamante fúnebre* (1991).

Los primeros años de Vicente Gerbasi transcurrieron en el medio rural de Canoabo, que aún sufría las crisis que habían provocado las guerras civiles y las dictaduras. Para 1913 en Venezuela había quedado atrás el sueño de La Gran Colombia de Bolívar. El siglo xix había sido el de las disensiones internas y los golpes de Estado, que encumbraron y derrocaron dictaduras, dejando una estela de daños como la pérdida de la Guyana inglesa en 1895.

La dictadura fue un signo de la vida política de Venezuela. Al nacer Gerbasi gobernaba en el Palacio de Miraflores Juan Vicente Gómez, quien inspiraría al futuro poeta los versos de *Tirano de sangre y fuego*, publicados cuando el país se hallaba sometido una vez a un régimen dictatorial, esta vez encabezado por Marcos Pérez Jiménez.

En esos años nada luminosos para Venezuela, Canoabo representaba un mundo aparte dominado por el ritmo, las bondades y las furias de la naturaleza. El niño Vicente llevaba el apellido de un inmigrante italiano; en él convivían dos tradiciones en fuerte contraste. Vicente Gerbasi empleaba entonces como medio de transporte para ir a la escuela un burro. En esa infancia el mundo empezaba y terminaba en Canoabo, con su placita de tamarindos, el río Capa, las casitas con techos de tejas agrupadas en largas calles y las torres de la iglesia con su campanario que expandía su sonido hasta los confines del pueblo. En torno a éste se halla la presencia de la selva, del trópico, con sus exuberancias y extremos que iban a ejercer una profunda fascinación en el niño Gerbasi, que más tarde las convirtió en materia poética. Ahí frente al trópico, Vicente Gerbasi sintió que el mundo era tan reciente que una de sus tareas como poeta consistiría en nombrarlo. Pero no se ciñó a un ejercicio de nominación y descripción: hubo un proceso de interiori-



zación de esa naturaleza para comprenderla y ahondar en su esencia con un lenguaje ajustado a los requerimientos del proceso poético. La búsqueda de las correspondencias, la elaboración de las metáforas, la unión de realidades aparentemente disímbolas giraron siempre en torno al eje en el que sentido y sonido establecen una simbiosis perfecta. La conciencia del lenguaje, el no perder de vista que la palabra es el único fundamento de la poesía, hicieron de la obra de Gerbasi un edificio verbal de extraordinaria perfección: no se permitió caídas de mal gusto ante el arrebato de la emoción, ni soltó las riendas del rigor. En una ocasión expresó que “una palabra mal situada en un poema es un ladrillo mal situado en un edificio, es posible que lo haga caer, es como una columna mal ubicada en un edificio”; e hizo suyas las palabras de César Vallejo: “Un poema es una entidad vital mucho más orgánica que un ser orgánico en la naturaleza. A un animal se le amputa un miembro y sigue viviendo. Pero si a un poema se le amputa un verso, una palabra, una letra, un signo ortográfico, muere”.

Quizá la experiencia de residir en Italia haya sido la causa de que en su poesía prive cierta tendencia hacia la serenidad y el equilibrio, quizá a ello se deba también el sello de una armonía expresiva que siempre caracterizó a su obra. La naturaleza de la tierra natal era majestuosa, y estaba poblada con abundante flora y fauna, los ríos eran impetuosos, todo parecía estar presidido por un orden que desbordaba los sentidos. Gerbasi vivió la efervescencia del surrealismo y de un estilo de poesía que buscaba hermanarse con aparente caos que la naturaleza americana despliega ante nuestros ojos. Pero su método poético no recurrió a la enumeración desbordante, ni a la yuxtaposición o a la gratuidad en las imágenes. Él quería construir un universo poético pero no a semejanza del de la naturaleza, su intento consistía en dejar consignado el misterio de una realidad, donde todo sucede siguiendo un orden distinto.

Su poesía se arraigó en el suelo venezolano y nunca dejaron de ser, para él, una sorpresa la luz y el relámpago, los colores del trópico y las corrientes de agua. Y los celebró, pero siempre mantuvo una actitud reverente hacia ellos. Si no estuviera tan desprestigiado el adjetivo, no dudaríamos en llamar a Vicente Gerbasi un

poeta *telúrico*. La luz es un elemento esencial en su poesía, y ella en la latitud del trópico propicia *Los espacios cálidos*, uno de los libros fundamentales de Vicente Gerbasi.

Pero recordemos que una de las marcas de su singularidad fue la ascendencia italiana; en su vida Italia jugó un papel. A los diez años cambió el paisaje de Canoabo por el de la Toscana. En Florencia vive y estudia. Pero el trayecto hacia su nuevo hogar le abrió los ojos a las novedades del siglo xx. En Palito conoció el mar y los buques; en Urama vio por primera vez un automóvil; en Puerto Cabello, el tren; a su paso por las islas Canarias comió el entonces extraño fruto de las cerezas; y en Barcelona contempló maravillado el vuelo del Zeppelin. De ese niño dijo Gerbasi: “La poesía se inicia cuando se / comienza a ver el mundo”.

En su tercera edad, Vicente Gerbasi recordó ese viaje:

Yo abandonaba
a Canoabo,
pueblo solitario,

adornado de pavos reales.

[...]

Yo iba hacia ciudades antiguas,
donde viajé por primera vez en tranvía
entre bomboneras iluminadas.

A los diez años el mundo era muy reciente. Vicente Gerbasi sufrió una mutación: se transformó en italiano. El idioma español quedó en el olvido y fue casi sepultado el recuerdo de Canoabo, que en la lejanía resultaba cada vez más exótico y remoto. Florencia le entregó la herencia del Renacimiento. Pero no fue Italia la patria definitiva: regresó a Venezuela. El retorno al país de origen le hizo apreciar los múltiples contrastes. La raíz seguía siendo italiana, pero él definitivamente pertenecía a Venezuela. A pesar de la cultura y los beneficios que le aportaba Italia, Gerbasi sintió que no era asunto de elección: Canoabo, el trópico, sus colores, su luz y su calor conformaban los elementos de su primera y única condición. La tierra generosa que había acogido a su padre hacía de Gerbasi un vástago del suelo venezolano. En un rincón de la memoria habían quedado los cipreses y el suave transcurrir de las aguas en Toscana. *Mi padre, el inmigrante* fue el libro en que el hijo buscó saldar las deudas con las dos patrias. En el fluir de la sangre hay algo que ya es propio de una realidad adoptada, en un caso, e innata en el otro, es la búsqueda de la realidad interior la que permitió el reconocimiento de lo exterior. Gerbasi escribe: “y estoy aquí buscando las respuestas de mi sangre”.

En este libro, el homenaje a su padre da pie a una reflexión sobre el misterio de la vida y el azar y la necesidad que rigen un destino. El pórtico del poema es un verso que expresa ese misterio:

Venimos de la noche y hacia la noche vamos.

Este mismo verso cierra el libro.

Dentro y fuera de esa noche quedan las ciudades dobles, esa incertidumbre que aún no es noche donde y sin embargo tiemblan las luciérnagas. No es la realidad exterior lo que importa sino esa vida interior que alimentan los actos cotidianos y que marca el ritmo de la sangre que guarda su memoria como “un rumor del día, / cuando una mariposa de la noche / viene a buscar la sombra de nuestro corazón”.

La glosa de *Mi padre, el inmigrante* excedería los límites de esta nota. Baste destacar que es uno de los grandes poemas escritos en nuestra lengua. Si el verso es libre, no por ello deja de haber rigor en su expresión, ni deja de estar regido por un ritmo que despliega su musicalidad a lo largo de las estrofas. En este poema hay novedad en la imagen, energía en la expresión e intensidad en su tono épico:

En nuestras horas yacen reflejos y heliotropos,
manos apasionadas, relámpagos del sueño.

¡Venid a los desiertos y escuchad vuestra voz!

¡Venid a los desiertos y gritad a los cielos!

El otro momento cumbre en la obra de Vicente Gerbasi es su libro *Los espacios cálidos* (1952), que expresa la relación del poeta con un entorno que le fue vital. Una vez más no se trata de la traducción de un conjunto de emociones y

sensaciones al lenguaje de la poesía, sino de crear una realidad a partir de las diferentes facetas que le ofrece el trópico. Al poema se incorpora la vasta diversidad de sensaciones visuales, táctiles, olfativas, auditivas, con su amplia gama de matices. Es un poema en el que la realidad se coloca en un plano en el que se quiere sobre todo destacar cierta precisión de formas, la solidez de unos volúmenes, la melodía de la luz. El crítico venezolano Francisco Pérez Perdomo señala que en *Los espacios cálidos*



se busca un mayor objetivismo, en comparación con *Mi padre, el inmigrante*, no obstante partir el desarrollo del poema de un sujeto reiterativo: el poeta en primera persona del singular. El estilo elíptico (se omite a menudo el primer término de la comparación) alcanza aquí su más alta expresión y las relaciones del mundo exterior con los estados de ánimo del poeta se acortan, se hacen más obvias y frecuentes.

Para Eugenio Montejo, los elementos de este poema van a prolongarse y acendrase.

Como habíamos mencionado, Canoabo se halla en la frontera del trópico; el hombre maduro recupera a través de la evocación las sorpresas de la infancia, ese espacio cálido habitado por seres, cosas, fauna y flora que en el poema ocupan un lugar como presencias perdurables, rasgos de un paisaje que, como dice Montejo, se convierten en datos en los que se puede reconocer el hombre venezolano:

Oigo rumores que vienen del corazón de los labriegos,
oigo el tiempo acumulando café en los patios iluminados,
sonando guaruras indígenas en las colinas de la tarde.

El poema recoge los latidos de la vida en las pequeñas aldeas:

Vine con zapatos de campesino,
con yerbas en los bolsillos;
con la costumbre de hablar con los animales
y de mirar largamente las noches estrelladas.

El mismo Montejo ha escrito un breve ensayo que se inicia señalando las afinidades entre el pintor Armando Reverón y el poeta Vicente Gerbasi. Una de las afinidades es el oficio de Reverón, ya que en su temprana juventud Gerbasi emprendió el estudio del dibujo y la composición plástica. El poeta visitó al pintor en su retiro al norte de Caracas para entregarle un ejemplar de *Los espacios cálidos*. Sobre ese encuentro refiere Montejo: “El libro que le había llevado de regalo el poeta aquella tarde trata por cierto de la luz tropical y más exactamente del espacio donde reina esa luz cuya fijeza ha recuperado Gerbasi en su obra desde una perspectiva personal y mística”.

Reverón y Gerbasi, los dos amigos que en aquel momento se reúnen frente al mar de Macuto, son dos nombres fundamentales de la expresión artística del trópico venezolano. Por lo demás, las nociones que de la naturaleza tropical poseen ambos artistas muestran por momentos signos coincidentes. El pintor afirma que “los colores no existen en el trópico debido a que la luz los ha desvalorizado”, una observación que explica la engegueda angustia que lo lleva a pintar a base del blanco. El poeta por su parte dirá que “que el trópico es más favorable a lo demoniaco que a lo angelico”. Tal vez ese sea el rasgo más singular de la poesía de Vicente Gerbasi: que ese espacio que otros han visto como edén contiene semillas de perturbación.

Vicente Gerbasi fue uno de los fundadores de la modernidad en Venezuela. Su círculo de poetas fue muy activo en la escena literaria del país: fundó y dirigió varias revistas, entre las que cabe mencionar *Bitácora*, *Viernes* y *Revista del Caribe*. Tuvo el privilegio de vivir una infancia rural en Canoabo y de tener así una visión interna de su país que se enriqueció con la perspectiva y el alejamiento que le dieron sus largos años de residencia en el extranjero como funcionario del servicio exterior: fue agregado cultural en Bogotá (1946-1947); cónsul en La Habana (1947); cónsul en Ginebra (1948); consejero en Santiago (1958); emba-

jador en Dinamarca y Noruega (1965-66) y, finalmente, embajador en Polonia (1970-71).

Las visiones de su periplo por tierras ajenas quedaron grabadas en poemas memorables:

Alejaron a las mujeres de la presencia del extranjero.
Pero una mujer joven,
con su rostro oculto,
me ofreció agua de cisterna.
En sus ojos negros
vi el fulgor de un amor peligroso
y la muerte como arena del desierto.

Pero su obra expresó la síntesis de Venezuela, y hasta el final ésta siempre estuvo en el corazón de su poesía:

A orillas del río Orinoco
encontré la máscara del sol.
Me acerqué a sus ojos
y vi que ahí se escondía
una serpiente.
La máscara era roja y negra,
en su resplandor.
Saltó la serpiente
y en su veneno me llevó
a un sitio de árboles negros
con frutos rojos,
bajo el sol. •

(Nota: la bibliografía de Vicente Gerbasi está compuesta por los siguientes libros: *Vigilia del naufragio* (1937), *Bosque doliente* (1940), *Liras* (1943), *Poemas de la noche y de la tierra* (1943), *Mi padre, el inmigrante* (1945), *Tres nocturnos* (1946), *Los espacios cálidos* (1952), *Círculos del trueno* (1953), *Tirano de sombra y fuego* (1955), *Por arte de sol* (1958), *Olivos de eternidad* (1961), *Poesías de viajes* (1963), *Retumba como un sótano del cielo* (1977), *Edades perdidas* (1981), *Los colores ocultos* (1985), *Un día muy distante* (1988), *Diamante fúnebre* (1991). Para el lector mexicano los únicos volúmenes accesibles son *Antología poética, 1943-1990*, prólogo y selección Francisco Pérez Perdomo, Caracas, Monte Ávila, 1990. Y *Mi padre, el inmigrante*, prólogo Ignacio Iribarren Borges, Caracas, Monte Ávila, 1990. Para redactar esta nota me han sido de gran utilidad los prólogos de Pérez Perdomo e Iribarren Borges así como las notas de Sergio Faraco, Víctor Franco y Patricia Guzmán aparecidas en la revista venezolana *Imagen* (núms. 100-49, 100-55 y 100-86). El ensayo de Eugenio Montejo se publicó en *Papel literario*, suplemento cultural del periódico venezolano *El Nacional*, 8 de marzo de 1992. El autor agradece a Katyna Henríquez Consalvi su valiosa ayuda).

MIGUEL ÁNGEL FLORES es profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco. Entre sus libros podemos mencionar *Umbral y memoria* (México, UAM-Aldus, 1999) y un volumen en la colección Material de Lectura de la UNAM.